

Dana Hart



**EL ENCUENTRO SECRETO
ENTRE TERESA CLARAMUNT
Y JUANA GUTIÉRREZ**

Escenario a oscuras. Se enciende la luz. Es una sala de estar, decorada en tonos de azul. Se trata de la casa de la hermana de Teresa Claramunt en España, durante el mes de diciembre de 1923. En la escena, dos mujeres se encuentran sentadas en un sofá rojo, una al lado de la otra. Visten colores opuestos y no se observan directamente a los ojos. Una de ellas, tiene un periódico en la mano. Se trata de Teresa Claramunt y Juana Belén Gutiérrez de Mendoza. Hablan:

TERESA: Dicen que el valor de toda persona se puede medir por el aporte que realiza al movimiento obrero, de género, o de quien sea que viva bajo la bota del opresor. Si nuestro valor se mide por nuestros aportes, debo decir que es grande mi valor.

Fui trabajadora textil, tejedora, desde niña, en la fábrica de Vicenc Planas. A los diez años ya estaba trabajando once horas al día. Cobraba un salario que era la mitad que el del resto de

¹ Imagen de Tapa realizada por Natalia Acuña Büchner.

mis compañeros. Allí comencé a sacar mis primeras conclusiones, a pensar. Me di cuenta muy temprano: <<*La mujer es el primer obrero de la humanidad*>>.

Después, me metí de lleno en la que se conoció como la Huelga de las Siete Semanas, fue en 1883 en Sabadell, donde conocí a Fernando Tarrida del Mármol, un escritor anarquista. Se alimentó notablemente mi conciencia de clase, y al mismo tiempo mi conciencia de género.

Fui despedida y la lucha terminó en derrota. Pero se sabe que de la derrota se aprende. Al poco tiempo, formé la Sección Varia de Trabajadores anarco-colectivistas de Sabadell. Generamos el resentimiento de los vecinos más reaccionarios. <<*Nos odian a nosotras porque el confesor les dice que el demonio nos tienta, que estamos condenadas y que nos esperaban las calderas de Pedro botero porque no creemos en Dios y ellas, pobres víctimas del fanatismo, tan creídas están que es verdad, que cuando nos ven hacen la señal de la cruz como si fuésemos el mismo Satán*>>.

Como muchas personas, decidí casarme, con un tejedor, Antonio Gurri. Emigré junto a él a Portugal por dos años. Durante mucho tiempo

usé mi nombre como Teresa Claramunt de Gurri, hasta que mi identidad se convirtió en la sed de quitarme de su esclavitud y ahora soy Teresa Claramunt, íntegramente. Pasé por una época en la que no sabía si dedicarme a la familia o dedicarme a la gran causa, oponía una cosa a la otra, pero en la práctica, tal vez la imposibilidad de lo primero, fue lo que me arrojó precisamente, a la marea de lo segundo. <<*El hombre es, a mi entender, el directamente responsable del infeliz estado de la mujer*>>. Me liberé de esas muletas.

Un buen día, junto a Ángeles López de Ayala y Amália Domingo impulsamos la Sociedad Autónoma de Mujeres de Barcelona, que se convirtió en la primer sociedad feminista de España. Armé un escrito que decía: <<*La revolución obrera está empezada*>>.

En 1890 participé en forma muy activa de la preparación del 1º de Mayo, agitando la lucha por la jornada laboral de ocho horas. Decían que era una oradora espléndida. Yo sentía que era tan solo una anarquista que no prometía nada, pero aparentemente para ellos, mi existencia demostraba que el anarquismo no era una idea estricta masculina. Yo era mujer y también me

guiaba por la causa libertaria. La anarquía es una práctica para todas las personas.

La organización que impulsamos, redactó un manifiesto demoledor. Era la hora de quitarse la venda. <<*Solo al hombre le es permitido exponer su estado de ánimo, sólo al hombre le es permitido declarar su amor, sólo al hombre le es permitido solicitar al ser por el que siente afinidad. ¡Cruel privilegio! ¡Inhumana desigualdad!>>.*

Fui detenida después de un mitin en el Liceo de Barcelona, en el marco de una serie de incidentes que se produjeron. La policía nos perseguía. Explotaron unas bombas y me acusaron. No tienen idea de nada. Se engrandece a la inteligencia policial, lo cierto es que son unos alcornos. De pronto, el Consejo de Guerra estaba contra Teresa Claramunt.

Me deportaron a Londres, donde contradictoriamente tuve la fortuna de poder conocer a Louis Michel. Ella tenía una mirada que te dejaba helada. Una humildad, que no se correspondía con el hecho de ser la mujer más peligrosa del mundo. Sonreía poco. Lo que habían visto sus ojos se expresaba en las

arrugas de su cara. Quise abrazarla y sentí que su cuerpo era de hierro. Tuve la sensación de que estaba anclada en el suelo. Eran sus huesos pesados, tras su delgada contextura, o era su elemento histórico que la gravitaba. A diario recuerdo su estampa. Es lo contrario de un trauma, pero con similar efecto. Su huella no se borra nunca.

En adelante, se repetía cierta dinámica. Me soltaban. Me arrestaban. Me soltaban. Me arrestaban. Diría que la burguesía no sabía qué hacer conmigo. Con ninguna de nosotras. Probablemente se desubicaban por vernos mujeres. Nos consideraban un peligro, pero a su vez, tenían el impulso por arrojarnos a nuestras casas y cerrar la puerta, para que nos quedáramos en la cocina, sin salir, como ellos creían que debíamos estar. Al pie de la paella.

Me arrestaron nuevamente en el famoso Proceso de Montjuic, marcado por la represión, fui brutalmente golpeada, encerrada en ese castillo con un <<*jergón, ratas y una manta llena de piojos*>> hasta 1898. Era una fortaleza cuadrada, que hacía imposible la fuga. Nos tenían aislados. Yo no podía ver a ningún otro preso. Se burlaban de mí. Me humillaban.

Pensé mil y un modos de escapar de allí. Era casi lo único en lo que pensaba. Tocaba los ladrillos de las paredes y metía mi dedo en el cemento, para tratar de mover algo, pero la sólida estructura no se deterioraba ante mi, no cedía, no me abría el paso. La gente se arrancaba partes del cuerpo en la desesperación. Al salir, tuve que robar para poder seguir comiendo. ¿Lo pillas? Días y días en los que la libertad, tampoco traía nada bueno.

JUANA: Estaba sacando las cuentas, y por esos días exactos, yo también estaba encerrada, en la prisión de Minas Nuevas, por defender los derechos laborales de los mineros de La Esmeralda y exigir el derecho a voto de las mujeres.

Me había casado con un minero, al que enseñé a leer y a escribir, Cirilo Mendoza, pero murió muy joven y me dejó sola con tres bocas que alimentar.

Eso significa que en el mismo momento, en continentes diferentes, estábamos encarceladas por agitar y defender la misma causa. Continúa, por favor.

TERESA: En resumidas cuentas, continué escribiendo y buscando avanzar. Al comenzar el nuevo siglo, fundé la revista “El Productor”, dejé a mi marido y me dediqué a escribir “La Mujer”, que fue un grito de emancipación. Me puse a escribir en una gran cantidad de periódicos, como “La Tramontana”, “La Revista Blanca”, “El Rebelde”, entre otros.

Cuando se desencadenó la Huelga General participé de las barricadas. Hubo asaltos a los hornos de pan de la ciudad. Enfrentamientos. Saqué una proclama en el periódico la “Huelga General” y defendí este método fervientemente. El resultado inmediato fue malo. Hubo muertos, heridos, clausura de centros obreros y periódicos. Fui encarcelada. Fue un fracaso. Yo estaba embarazada. Se me complicó el embarazo estando entre barrotes.

Sin embargo, lo que incorporé allí, no volví a perderlo nunca más en la vida. El método de la Huelga General, que se convirtió en mi consigna más importante. No por capricho u obsesión, como algunos reaccionarios siempre quisieron hacernos ver, como gente que repite. Sino por necesidad, por convicción. La realidad misma, hace el llamado a la paralización completa, a la

transformación revolucionaria vía primer paso: Detenerlo todo. Es una necesidad planteada, por la crisis de la sociedad. Cuando vi correr la huelga general por primera vez, supe que no había un Dios, que era la necesidad la que empujaba a la actuación.

Por supuesto que eso no es todo. Se necesita más. Y por eso escribía y escribía, que había que avanzar hacia sociedades de productores libres, para que como resultado a la huelga general no se re-estructure el orden de la explotación, sino por el contrario, se pase a una nueva forma de organización en base a societarios y societarias.

La huelga, el paro, abre ese camino. ¡Huelga General! ¡Huelga General! ¡Huelga General! ¡Ahora! ¡Ya! ¡Irrevocablemente! ¡Sin detenerse! ¡Sin ceder el paso! ¡Sin quebrar ni regalar la moral, ni a la nueva ni a la vieja oligarquía!, ¿lo pillas?

JUANA: Si, muy de acuerdo. Al comenzar el siglo, yo estaba impulsando ideas muy similares en el semanario “Vésper”, contra el gobierno de Porfirio Díaz, la Iglesia y el Estado. Estas páginas se convirtieron en el órgano del Club Liberal Benito Juárez, que colaboré a formar. En

la misma época también estuve escribiendo para diarios como “El Hijo del Ahuizote”, cuando tenía tan solo veintidós años. “Fiat Lux”, el periódico “Anáhuac”, “Excélsior”. Más adelante, “La Reforma”.

Y fui igualmente perseguida. Estuve en un exilio en Estados Unidos. Tuvimos miles de problemas domésticos, por llamarlos de alguna manera.

Al volver, en el año 1907, formé “Las Hijas de Anáhuac”, con 300 mujeres libertarias a favor de las huelgas y las mejoras salariales. También el grupo “Socialistas Mexicanos” y otras tantas iniciativas.

TERESA: Vivir una vida siendo perseguidas, es terrible. Mi peor detención fue posiblemente, durante la Semana Trágica de Barcelona. Fue impresionante. Estaba repleto de societarios. Las mujeres cumplían un rol primordial. Se produjo una indignación popular contra la guerra. Los huelguistas pasamos a controlar muchos puntos estratégicos de Barcelona. Barricadas. Enfrentamientos. Cierre de locales. Heridos. Personas muertas. Una represión espantosa. Destierros. Me tocó sufrir la deportación.

Pero un par de años más tarde, ya estaba agitando nuevamente por la Huelga General, y no fue ninguna locura, pues logramos concretarla otra vez en 1911.

A esa altura había una cosa que estaba clara. La lucha es doble. De clase y género. Y no puede detenerse, hasta que no haya quien no pueda comerse turrón.

JUANA: Lo que más recuerdo de los años de prisión, fue la presencia de otros compañeros y compañeras. En mi caso, fui encarcelada con grandes personajes como Camilo Arriaga, los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón y Juan Sarabia. Después, cuando me encerraron por el intento de rebelión con el Círculo Pociano Arriaga, estuve tres años en las prisiones de San Juan de Ullúa, con Dolores Jiménez, María Dolores Malvares y Elisa Acuña. Eso fue un verdadero ranazo. Y finalmente me encarcelaron por apoyar a Emiliano Zapata y me liberaron posteriormente. Hasta estuve detenida con mi propia hija Laura Mendoza, cuando ella tenía solamente 17 años. Terminé de educarla en prisión.

Más francamente, hubo momentos en los que nadie pudo privarnos de nuestra libertad. Como

cuando cabalgamos al son de la Revolución Mexicana, combatiendo en las trincheras, con un fusil en la mano, por la defensa de nuestros derechos. Éramos la bola.

Fui nombrada coronela, encargada del Regimiento Victoria. Estando a cargo, me tocó ajusticiar a un violador, en el momento más difícil de mi vida consiente. Se abrió una puerta, él estaba arrodillado en una habitación con las ventanas tapiadas, tenía los ojos vendados y estaba de espaldas a un paredón. Dos fusiles le apuntaban justo a la cabeza. Yo tenía en mi mente el rostro de la víctima, golpeada, maniatada con un alambre de púas, así que di la orden sin tiritar. Algunas noches más tarde, comenzó a darme vueltas la idea: Este es un poder que no puede estar en manos individuales.

Hubo otros momentos que recuerdo de manera mucho más potente que la represión, en los que creamos el Club Político femenino Amigos del Pueblo con Dolores Arana, Manuela y Delfina Peláez, Manuela Gutiérrez y otras mujeres.

O como cuando elaboramos el “Plan de Ayala”, que desconocía el gobierno de Madero, por traicionar al pueblo campesino. También

cuando fundamos, junto a un gran grupo de mujeres, el Consejo Nacional para las Mujeres.

O aquella ocasión en la que hicimos un esfuerzo por formar una colonia, que marcara una pauta de sociedad diferente, pero no contamos con el apoyo necesario para prosperar. Yo no poseía más que una máquina de escribir, ¡y ya está!

TERESA: La calidad de los aportes, nos mide, pese a la crudeza de las condiciones. Tuve cinco hijos. Dos, tuvieron que nacer en la cárcel. Acracia y Proletaria Libre. Los cinco murieron. Yo seguí viviendo a través de la idea. <<Creo que al mundo se debe venir, no a vegetar sino a luchar. Sin gentes que lucharan, que sintieran la inquietud de la perfección, viviríamos todavía en la época prehistórica>>. Me opuse tajantemente, toda la vida, a la colaboración con cualquier tipo de político patronal. Me aislaron. Recibí la odiosidad de los sectores más diferenciados y opuestos. Pidieron la pena de muerte para mi y me condenaron a tantos años de cárcel, que provocaron la parálisis de mis piernas. Me quitaron la movilidad, pero no pudieron evitar que llegara lejos. <<¡Unámonos compañera!>>

Se apaga la luz. Silencio latente.